

## UN RÉQUIEM EUROPEO

### LA QUIEBRA

El 9 de septiembre de 1962, en el castillo de Ludwisburg, el general de Gaulle pronuncia en alemán un discurso dirigido a la juventud del país. El general evoca un gran pueblo, que ha enriquecido al mundo con grandes aportaciones en las ciencias y las letras, fecundadas por el enorme vigor de su filosofía (escrita en alemán, pero asimismo en latín y –caso de Leibniz– en francés). De Gaulle no obvia las referencias a los terribles enfrentamientos y las inevitables secuelas de odio, pero cree que las causas hay que buscarlas en la existencia de intereses que habían escapado a todo control y que podrían superarse mediante la construcción de un espacio político del que Alemania y Francia habrían de ser protagonistas, desde luego no exclusivos.

No es en absoluto trivial que el militar francés se dirija a sus huéspedes en alemán. La enorme sutura simbólica que tal gesto representa es algo a lo que los españoles podemos ser particularmente sensibles. Pues si en los años de la transición un alto representante del Estado hubiera realizado un discurso en Gernika y en lengua vasca apelando a suturar la llaga, quizás ésta no hubiera permanecido abierta durante tantos años. Pero el asunto nos concierne hoy como miembros de una Europa donde todo rescoldo del espíritu que animaba al político francés ha sido ahogado.

Pues si entre los griegos se generaliza el sentimiento de hallarse forzados desde el exterior a la miseria, en Alemania, Finlandia o Dinamarca se explota políticamente el sentimiento contrario de estar alimentando a desarrapados. Y a los diez años de la desaparición del ultranacionalista holandés Pim Fortuyn, su ideario triunfa más allá de su país, con el incremento exponencial de fantasmas xenófobos o el retorno de prejuicios y clichés, que van más allá de la polarización norte-sur, como lo muestra el que un partido griego que pide la inmediata expulsión de los extranjeros tenga significativo apoyo popular.

Y en ese centro geográfico y cultural que es Francia no es aventurado presagiar la resurrección de vocablos que reducen por un momento la lengua de cada uno a vehículo de expresión del temor fóbico respecto al otro. ¿Volveremos al injurioso “espingouins” con el que se designaba a los que la miseria franquista de los planes de estabilización llevaba a buscar cobijo en Francia, compartiendo humillado silencio con los “bounoules” norteafricanos y los “ritals” italianos? En sórdido contrapunto, los argumentos relativos a la necesidad de no someterse a la política que representa la señora Merkel serían pronto adobados con la tesis de que es necesario resistir a los “boches”. Pues si el repudio del otro tiene a veces matriz en el sentimiento de la propia superioridad en la jerarquía de valores dominantes, también viene generado por el resentimiento, alimentándose tanto de las victorias como de las derrotas, y hasta de una mezcla de ambas, en una síntesis letal de superioridad fingida y rencor auténtico.

Muchos de los que denunciaban que tras los acuerdos políticos comunitarios se escondieran los intereses de la economía de mercado, reconocían sin embargo que, entre mil contradicciones, se estaba forjando un espacio en el que la diferencia, liberada de la connotación de jerarquía, posibilitaba la emergencia de una auténtica comunidad entre pueblos. Reconocerse en la alteridad mediterránea dejaría quizás en Alemania de ser algo exclusivo de sus intelectuales. Y siendo la recíproca cierta, tratados como el de Schengen que posibilitaban tal cosa eran, pese a todo, una promesa de libertad.

Cuando para los españoles o los griegos Alemania vuelve a ser presentada como una comunidad rica y extranjera, objeto de nuevo exilio al precio imprescindible de aprender su lengua, no es ocioso recordar que cabe amar la lengua de Rilke, Einstein o Kant más allá de que sea un vehículo para alcanzar un ganapán en Alemania. Y junto a la lengua cabe amar una cultura hasta tal punto universal que una meditación sobre el destino humano como el “Réquiem alemán” de Brahms puede con justicia ser considerado ese “Réquiem humano” que el compositor tenía en mente, y al que se refiere en una de sus cartas. Por desgracia un Réquiem diferente se escucha hoy en todo el continente.

“Se trata de saber si el hombre será o no un esclavo en la comunidad, si será o no reducido al estado de eslabón de un engranaje”, se preguntaba el general de Gaulle en el evocado discurso de Ludwigsburg. La respuesta es hoy bien sabida. Cuando un desembocado torrente financiero pisotea derechos elementales y amedrenta a los Estados que osan garantizarlos, cuando Schengen es decapitado en lo esencial, cuando severos columnistas sostienen como evidencia trivial que la amenaza para Francia es caer en el bloque del sur y cuando la gestión del resentimiento o el desprecio engrasa en todas partes las contiendas electorales, cabe efectivamente decir que un engranaje generado por el ser humano pero ciego a los intereses de la humanidad encadena al hombre. La Europa del espíritu ilustrado muere entonces por inanición y el perseverante rumor de la Europa de los templos financieros es una suerte de música fúnebre.

## LA RESPUESTA DEL MARRANO

Hace poco menos de dos años Juan Goytisolo evocaba en el diario El País los versos con los que Francisco de Quevedo se refería a mujeres, homosexuales y otros sectores discriminados de la población, entre ellos los conversos. Preocupado por el origen del término *marrano*, Quevedo avanza una fantástica explicación según la cual cuando el cerdo se queja y gruñe... los demás le dan replica, comportándose así de manera análoga a los judíos propicios al victimismo, al lamento de uno de los cuales acudirían por instinto y de inmediato todos los demás.

En los días en los que apreció este texto de Goytisolo, los voceros de la justicia que supondría en último extremo el castigo de los mercados a los países de la Europa periférica y, sobre todo, sureña, manifestaban el temor de que si se hacían concesiones a la plañidera y mal pagadora Grecia, los españoles, portugueses, e italianos respondiendo a nuestra condición de *pigs* nos sumaríamos a esta parasitaria carrera por ordeñar la teta de la Europa trabajadora. El problema mayor es que hoy los europeos meridionales como antaño los judíos conversos se convezan de que solo cabe aguantar resignada y humildemente:

Sin entrar en las diatribas respecto a la etimología, lo seguro es que los marranos fueron forzados a la conversión, lo que no les impidió seguir siendo despreciados, por aquellos mismos que no les daban elección. Aquellos que, en Grecia o Portugal, avanzan con mesura razones para salir voluntariamente del euro, sienten que, como máximo, hay que esperar a que uno le echen “*Aquí yace Mosén Diego/ a Santo Antón tan vecino/ que huyendo de su cochino/ vino a parar en el fuego*”, de la inquisición por supuesto, precisaba tras la cita de Quevedo Goytisolo.

Por ello es cuestión de dignidad que se dé una respuesta de estos nuevos *marranos*, pues tan mentira es que no hay salida fuera de la Europa pasto de los mercaderes, como que no hay salvación fuera de la iglesia.

## LA RECONQUISTA

*“Te lanzo vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte, Se tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes”.*

Esta Europa a la que aquí se apela, cuyo legado sería beneficioso para los demás continentes, ¿es la del ideario que se forja en los viajes de Montesquieu, en el Espíritu de la Revolución Francesa, en la exigencia de sentar las condiciones sociales de posibilidad de la fraternidad, en la resistencia a los regímenes dictatoriales a los que recurre el capitalismo como consecuencia de la crisis de los años treinta? ¿Se apela a una Europa que reconociéndose en Pascal y a Peguy, aborrece sin embargo la tradición inquisitorial y la vigilancia de las conciencias? ¿Se apela, en suma, a la Europa de los pensadores de esa Grecia a la que hoy la dictadura de los valores del mercado condena a los arcnos? No exactamente.

Cuando en noviembre de 1982, desde Santiago de Compostela, el Papa Juan Pablo II se dirige a Europa, es para incitarla a retomar la senda de la restauración plena de los valores del Cristianismo, lo cual pasaba entre otras cosas por la abolición del sistema social imperante en los países entonces llamados de socialismo real. Treinta años después, se comprueba que la llamada no fue en vano. Sin rescoldo alguno del sistema económico que imperaba en los países llamados de socialismo real, está asimismo (aspecto quizás menos deseado por el Pontífice) a punto de desmoronarse el sistema de protecciones sociales propugnado por la social democracia. Complementariamente proliferan por todo el continente los movimientos que, considerando al cristianismo no como un ingrediente más de la cultura europea, sino como su savia, sustentan en tal premisa ideologías exclusivistas que marginan objetivamente a enteras poblaciones de inmigrantes o no inmigrantes y alimentan el odio entre comunidades, en ocasiones en el seno de un mismo país.

## EXILIO Y DESPRECIO

Unos años después de la incorporación de España a la Comunidad Europea, en un Buenos Aires sumido entonces en profunda depresión, un colega argentino me señalaba que, a diferencia de su país, España se hallaba protegida por la solvencia de sus nuevos *partenaires*. Eran tiempos en los que centenares de miles de argentinos o uruguayos aspiraban encontrar un lugar en el selectivo sol de la Europa que sus padres habían abandonado. Tiempos en los que los brasileños veían en Portugal una posible puerta de entrada. Tiempos en los que, complacidos en el espejo de una Europa limpia, ordenada y laboriosa, pero inseguros de que lo reflejado respondiera a nuestro ser verídico, los españoles repudiábamos la quebrada imagen de nuestro pasado que representaban los ciudadanos de esos mismos países que nos habían acogido en situaciones dramáticas. Tiempos en los que el vocablo “sudaca”, confería peyorativa unidad genérica a matices de acento en el seno de una lengua compartida, acentos jerárquicamente polarizados frente a los del Español peninsular.

Sólo unos lustros atrás los inmigrantes españoles en Suiza, Holanda o Alemania dormían a menudo en barracones alimentando una nostalgia que, entre otras cosas, les impedía integrarse en el país y aprender la lengua. Hoy los hijos o nietos de aquellos emigrantes están más formados, pero algunos de ellos se disponen de nuevo a emigrar, sin mucha esperanza de que no hayan resucitado los prejuicios con los que eran entonces recibidos sus mayores, si es que algún día fueron realmente enterrados.

Hace un tiempo, en declaraciones recogidas en Berlín por Juan Gómez, el ministro de Exteriores Guido Westerwelle afirmaba que Europa es “no sólo el futuro, sino la pasión de Alemania”. Westerwelle reconocía sin embargo que la exteriorización de tal sentimiento no siempre ha sido la adecuada, y concretamente que el lenguaje utilizado en Alemania para referirse a los países mayormente afectados por la crisis financiera, además de revelar profunda ignorancia, es insultante para los ciudadanos de los mismos. Son sin duda de agradecer las palabras de este político. La cuestión sin embargo es determinar si, tras casi dos años de iteración de prejuicios y utilización de acrónimos intolerables, habrá manera de suturar la herida, ya sea en la hipótesis optimista de una superación de la crisis, lo cual no significa superar el cambio brutal de relación de fuerzas entre capital y trabajo que convierte en un sarcasmo los propósitos samaritanos de los pocos socialdemócratas que quedan.

Espacio mirífico en el que parecía articularse nuestro ser quebrado, Europa corre el peligro de convertirse en un ustorio, espejo cóncavo que hoy parece susceptible de fundir todo aquello que en la Europa periférica, moldeada por lenguas, tradiciones culturales o festivas, formas de organización económica y hasta de adecuación al clima, choca con el modelo aséptico de una Europa de hecho inexistente, pero identificada a los países geográficamente nucleares.

En Irlanda, como en Grecia o Portugal, las reacciones a la situación oscilan entre la exigencia de dignidad, es decir la negativa a ser tratados como europeos de segunda fila (avanzando propuestas alternativas al estado de cosas) y la interiorización humilde y algo genuflexa de la crítica. Actitud ésta que desgraciadamente se percibe también en nuestro país:

“Eso no pasa en los países nórdicos”, señala como quien dice una obviedad un comentarista, que visiblemente ha interiorizado plenamente el cliché según el cual los europeos mediterráneos –en razón entre otras cosas del clima que determinaría caracteres y comportamientos– sólo tendríamos lo que por nuestra triste idiosincrasia merecemos. Esta interiorización del desprecio se acompaña casi inevitablemente de una canalización de la agresividad hacia quien es percibido como diferente o débil. Las polarizaciones en materia religiosa no son las únicas. El hecho de que hoy los españoles tomemos de nuevo el camino de la emigración no nos hace siempre ser más lúcidos respecto a lo canallesco de los tiempos en los que, complacidos en el espejo de una Europa limpia, ordenada y laboriosa, pero inseguros de que lo reflejado respondiera a nuestro ser verídico, los españoles repudiábamos la quebrada imagen de nuestro pasado que representaban los ciudadanos de esos mismos países que nos habían acogido en situaciones dramáticas.

Y todo aquello que constituía una conquista real va desmoronándose. Signo particularmente inquietante fue que, tras eufemística matización de los principios por la Comisión Europea, el protocolo de Schengen sea hoy susceptible de ser suspendido cuando ello sea beneficioso para la imagen electoralista de los políticos.

Una de las ventajas que los españoles veíamos al proyecto europeo es que podría amortiguar el peso de diferendos (desde conflictos lingüísticos a discrepancias fiscales) y prejuicios que han contribuido y siguen contribuyendo a alimentar la tensión entre comunidades. Pues bien, el resultado ha sido parco. La animadversión se dispara a la menor oportunidad, sea para unos la adjudicación a San Sebastián de la Capital Cultural Europea, sea para otros la cifra de beneficiarios de programas sociales en Andalucía. Los clichés se iteran de la manera más impúdica, y a la par que un alto responsable del gobierno catalán declara que Cataluña es la Alemania de Europa (se sobreentiende que harta de pagar, los festejos de los meridionales), tertulianos de lo más variopinto declaran que los votantes de *Bildu* (es decir una fracción muy importante de la población vasca) son potenciales terroristas. Mientras tanto en la prensa británica, alemana, francesa en ocasiones u holandesa, los habitantes de la península ibérica seguimos compartiendo junto a griegos, a veces irlandeses y ahora italianos la categoría de *pigs* y no hacen labor de encaje para distinguir al indiscutiblemente meridional del que cree que lo es pero menos, distinguiendo por ejemplo al que, repudiando su pertenencia a Italia, se reivindica miembro de la funambulesca Padania.

Reaccionar al estado de cosas supone, en el registro individual, asumir la propia situación social y el propio problema y, en el registro colectivo apuntar a una fraternidad de los pueblos en general y de los europeos en particular, cimentada en algo más que en el espejismo de pertenencia a una filiación prestigiosa. El “tigre celta” era realmente un tigre de papel. El problema estaba en la metáfora, que conducía a identificar el ascenso en la economía de mercado con una suerte de superioridad intrínseca. Pero sigue siendo obediencia al sistema de valores la complacencia en la propia humillación. Imperativo realmente categórico es el denunciar como insoportable las frases hirientes para comunidades enteras que hoy se oyen casi como cosa trivial. Desmontar los clichés categorizadores de unos y otros y sobre todo desterrarlos en uno mismo.

## POLIS

En el momento en el que se asistimos a la quiebra en el proyecto europeo al que arriba me refería y concretamente quiebra entre un norte y un sur que paradigmáticamente polarizada entre Alemania y Grecia no es ocioso recordar que en Grecia se incuban las ideas mayores que han permitido configurar un ideal de humanidad que siendo por definición universal (es decir siendo susceptible de ser realizado por toda civilización a tenido concreción en algunos momentos de la historia europea, momentos como el de la creación de la universidad de Berlín por ejemplo.

Me estoy refiriendo a la tesis aristotélica de que las grandes interrogaciones del ser humano, que recubren gran parte de lo que hoy consideramos retos fundamentales de la cultura, sólo tiene sentido en un marco social en el que los humanos gozan de libertad... por hallarse garantizado lo relativo tanto a la subsistencia como al ornato de la vida.

Sin duda la ciudad griega era compatible con la esclavitud, y en consecuencia no se daban en general las condiciones de posibilidad de realización de ese ser humano que Aristóteles definía por su exigencia en el conocimiento. Y sin embargo el concepto de *Polis* tiende como a una asíntota a la situación social en que la fertilización de las facultades intelectivas y creativas esté garantizada para todos. De ahí que se haya convertido en exigencia filosófica inexcusable el interrogarse sobre las razones de que el proyecto de un marco político forjador de auténticos ciudadanos haya sido permanentemente diferido. Obviamente la cuestión implica retomar la cuestión de la naturaleza humana, empezando por el grado de acuerdo sobre la afirmativa y optimista concepción del ser humano que ha caracterizado a la gran tradición humanística, según la cual éste tiende a realizarse en el saber y la libertad.

La actual subordinación de la libertad y la realización individual que supone el que seres humanos se hallen sometidos al binomio, trabajo esclavizador (con el corolario del miedo a perderlo)– evasión del mismo mediante un ocio que embrutece, hace imposible que este ideario aristotélico humanista en el sentido radical. Un humanismo no afectado por la crítica (marxista o nietzscheana) de las posiciones ideológicas defensoras de un humanismo de fachada, un humanismo en el que la fraternidad se confunde con la conmiseración y la dignidad se cree compatible con la sumisión.